

Página Literaria de LA REPUBLICA.

Y hemos dicho:

—Es Julieta Dobles Izaguirre una de las pocas mujeres que con todo éxito, han cultivado la poesía en este país.

Y lo que bien podemos agregar: una poetisa de futuro.

Ha llegado el momento en que a los jóvenes les parece que la poesía no encierra secretos para su corazón. Existen poesías tan llenas de estupidez que un muchacho siente que él puede hacer algo mejor.

Es así como un sábado cae por el Círculo de Poetas Costarricenses con un cuaderno donde ha ido anotando las cuatro mil poesías que ha producido en sus cortos 16 años.

Entra entonces Laureano Albán y les narra que la poesía no es eso. Va enseñando poco a poco que hace falta un mensaje y que está pobre de imagen. Así llegó una tarde Julieta Dobles Izaguirre.

No existe en Julieta una pose de pedantería. No ha perdido su humildad. (Esa humildad que es la marca indiscutible de la verdadera genialidad). Como no ha perdido su corazón de mujer, la mirada mansa, la sonrisa buena que perdona todo.

Y cada día se ha hecho más artista y de sus manos han ido brotando los poemas que son mensaje, protesta y camino dentro de su "ya literatura".

Mucho ha influenciado Laureano —su esposo— en la obra de Julieta. Quizás un poquito para su mal. Pero en este libro PESO VIVO ya aprobado por la Editorial Costa Rica, se nos aparece la Julieta desligada de influencias, puramente sensible. Admirablemente sensible.

Y viene ahí el poema que le ha ganado nuestra admiración.

Es una cadencia de sonidos, imágenes y motivos que hacen la biografía de un niño. De una niña. Del hombre que a pesar de todo sigue siendo niño indefenso ante las grandes tragedias de la vida.

La voz de Julieta con todo su sabor a ternura, está ahí en ese poema:

Allá cuando yo era niña
probé la hierba,
y era verde su olor
y verde su sabor
y verde su escondido y pequeño
rincón de sombras.

Cuando yo era niña —dice Julieta— fui pobre y ella ha sabido lo que es un rincón de sombras donde para los chicos pobres no existen ni siquiera los sueños.

Sin embargo la amargura que no tiene la
(hierba cuando no está dormida)
la tienes tú
pequeño limosnero sin sombra
a esta hora en que los
(niños duermen
y en que tu sueño
abre su boca blanca
interrogante...

Habla Julieta de esos niños que inician su ronda de pan por las calles de San José y que terminan como ese centenar que ahora menores de 15 años (niñas) han sido descubiertas con enfermedades terribles. Piensa en esas manitas temblorosas, viciadas por la pobreza y nuestra irresponsabilidad, que en la esquina de esos grandes edificios ha erigido la burocracia amasados con la miseria de tantos así como ellos.

Seguramente piensa Julieta en edificios como el de la CAJA o el Banco Anglo que se hacen joyas de luz toda la noche en tanto que en el Hospicio de Huérfanos las hermanas ahorran la luz hasta el límite, encendiendo los bombillos a las seis y media de la tarde, porque

su presupuesto no les da nada más que para arroz, frijoles, un pobre pan hecho en la institución y un pobre jarrillo de aguadulce...

En esa hora en que nosotros hacemos derroche de miles y miles de colones en luces de mercurio, existe un niño pobre que extiende la mano y no dice nada. O dice mucho.

A las diez de la noche
la lluvia golpea sobre las piedras
su desolado tambor de frío

Seguramente cita Julieta a esos niños menores de 18 años que en una hora así en las celdas mugrientas de la Penitenciaría se arrojan en sacos de gangoche y se echan a temblar de frío y de hambre.

A las diez de la noche
el hambre muerde y muerde
acurrucada cerca del corazón.

Y ese niño está ahí con sus manitas muy pálidas y muy blancas pidiendo no sabe ni qué. No puede salirle corriendo a la lluvia, ni al frío, ni al hambre, porque dondequiera que se marche ha de encontrar que tiene una cita con ellos a los que no puede decir que no...

A las diez de la noche
te quedas en la esquina
solitario
tembloroso
y aunque quieras gritar que no
(se vayan todos,
que no dejen la calle
(abandonada

que el viento
si no hay nadie
gruñe y empuja contra las
(paredes,
la soledad se hace,
(inevitablemente
un gran manchón de pena
sobre tus manos sucias
(y mojadadas.

—“Sobre tus manos sucias y mojadadas”. ¡Qué de cerca ha mirado Julieta esas manitas sucias y mojadadas. Y están así porque...

Junto a esas manitas sucias y mojadadas pasan representantes de Juntas de Caridad; el señor del carro último modelo que nunca sabe de sentir el barro; el doctor que juró defender a todos los seres de la enfermedad. Y es que todos esos hombres y esas damas todas no sienten en ese momento que estos niños sin pan, forman parte de su programa del Té de los Jueves. O del Almuerzo de los Lunes.

Son niños que nunca han de ser citados en una Asamblea de Dios.

Es la hora en que los niños
(duermen
para no oír el miedo nocturno
(que se agita,
pero tú pequeño de seis años
no eres niño siquiera.
Cuando naciste
alguien dijo que la infancia
(no te pertenecía
y desde entonces
lo viene repitiendo muchas
(bocas:

—el pan tampoco es suyo
—ni el cariño
—ni la pequeña tierra de sus
(manos
—ni esos seis años que le vienen
(grandes.

En la puerta de una fábrica un hermano obrero miembro de una asociación de hombres del pueblo pide dinero para que el periódico de su parauodo salga cada día más lleno de valor o negación.

Y una señora termina su manso recitar de rosarios en tanto que ahorra hasta el último céntimo para el Viaje a Tierra Santa dentro de dos veranos como una promesa de años idos... sin pensar en que con ese dinero podría dar de comer durante veinte años a un niño en el Hospicio de Huérfanos.

Por eso, sin nada tuyo
ni siquiera el sueño
no vienes ni te alejas hacia
(ninguna parte

Y es por eso que aunque el niño vive en un mundo de gigantes... pobres de esos chiquillos sin pan, sin techo, sin el calor de su padre... porque para ellos no ha de haber nada. Ni la calle les ha de pertenecer. Han tenido la desgracia de venir a un mundo donde ni siquiera el sueño les pertenece.

Pero algún día
la hierba será verde
y te será devuelto tu corazón
(de niña
tu responso de niño
y la pisada de amor que te
(negaron sobre la tierra

Pero un día todo ha de ser distinto. Los caminos estarán sembrados de hermanos. Ha de haber un hermano en cada esquina de la vida. El hombre ha de olvidar la pasión política. No existirán los más ricos. Solamente nos vamos a contar entre los menos pobres. Una olla de caldo estará panzuda y riente sobre cada fogón. La calle para el niño no ha de existir. Y ha de haber un regalo de amor en la voluntad de cada miembro responsable de un país.

Pero advierte Julieta:
Quizás bajo la hierba
hayamos enterrado muchos
(muertos
pero la noche no podrá
(apretarte nunca más
contra la mesa de los bares
ni gritar en el miedo con su
(voz de borracha.

La promesa de Julieta y su pura poesía es terrible: puesto que todos hemos defraudado al niño, es necesario hacer algo. Puede que un cambio. Pero no un cambio donde el niño coma bien con la finalidad de que un día defienda a la patria (la Patria mandada por unos pocos) y esté destinado ya grande a regar su sangre inocente sobre los campos del mundo.

No el futuro de un niño donde los mercaderes del terror compran inmensos portaviones y tremendos acorazados en tanto que su pueblo se pudre entre favelas sin nombre.

“Quizás bajo la hierba hayamos enterrado muchos muertos...”

Algo quiere decir Julieta. Pute de ser que la alianza de la gente buena llegue a su final. Puede que el hombre vuelva a ver hasta abajo y se acuerde de los niños. Quizás en esta tierra de revoluciones venga un día la mano vengadora y termine con blancos y rojos, tiburones y sardinas. O puede que sea un mundo de espera lo que anuncia Julieta y que para eso ha de esperarse muchos años. Esperar que el hombre sienta un día que tiene un corazón de barro. Que nació desnudo. Que tiene un aliento vital en mitad del pecho. Que los niños son los seres más solos. Más solos y más pobres del mundo.

Y entonces los grandes edificios de San José (joyas de neón, mercurio y derroche de dineros ajenos) se queden a oscuras cada noche. Pero el cuarto de los niños huérfanos tenga luz en todas partes para que no sea necesario que en el hospicio se tomen de la mano, llenos de miedo, en la espera de las seis y cuarto en que se enciende la luz.

Y entonces —dice Julieta en un final admirable:

El olor de la hierba seguirá
(siendo verde
y verde su sabor
y verde
su escondido y pequeño
(rincón de sombras
para que tú lo encuentres
y lo ames.